



BERNARD CORNWELL

EL  
SEÑOR  
DE LA  
GUERRA

SAJONES, VIKINGOS Y NORMANOS, XIII

NARRATIVAS HISTÓRICAS



edhasa

# EL SEÑOR DE LA GUERRA

BERNARD CORNWELL

Traducción de Tomás Fernández Aúz



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *War Lord*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

© del mapa John Gilkes, 2020

Primera edición impresa: noviembre de 2022  
Primera edición en e-book: noviembre de 2022

© Bernard Cornwell, 2020

© de la traducción: Tomás Fernández Aúz, 2022

© de la presente edición: Edhasa, 2022

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4891-0

Producido en España

Dedico *El señor de la guerra* a Alexander Dreymon.

## TOPÓNIMOS

La ortografía de los pueblos y lugares de la Inglaterra anglosajona ha estado sembrada de incertidumbres, ya que no ha sido posible evitar las incongruencias terminológicas ni la ausencia de consenso en muchos casos (incluso en los nombres mismos). De este modo, las fuentes pueden mencionar la ciudad de Londres de muy diversas maneras: Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Es indudable que habrá lectores que prefieran versiones distintas de los topónimos que enumero a continuación, pero, por regla general, he procurado emplear para el período histórico que coincide con el reinado de Alfredo el Grande (871-899 d. C.) –o para el que más se acerca a esa misma horquilla temporal– las voces que aparecen citadas en el *Oxford Dictionary of English Place-Names* o el *Cambridge Dictionary of English Place-Names*. Sin embargo, ni siquiera esta solución puede tenerse por infalible. En el 956, la isla de Hayling se deletreaba indistintamente de dos maneras: Heilincigae y Hæglingaiggæ. Ni yo mismo me he mostrado coherente. Así he preferido, por ejemplo, la forma moderna «Northumbria» a la mucho más clásica de «Norðhymbraland», ya que de ese modo evitaba sugerir al lector que los límites de ese antiguo reino coincidían, de hecho con los del condado actual. Por consiguiente, la lista de lugares que se mencionan en este libro es cuando menos caprichosa, al igual que su propia ortografía.

Bebbanburg	Bamburgh, Northumberland
Brynstæp	Brimstage, Cheshire
Burgham	Eamont Bridge, Cumbria
Cair Ligualid	Carlisle, Cumbria
Ceaster	Chester, Cheshire
Dacore	Dacre, Cumbria
Dingesmere	Wallasey Pool, Cheshire
Dun Eidyn	Edimburgo, Escocia
Dunholm	Durham, condado de Durham
Eamotum	Río Eamont
Eoferwic	York, Yorkshire
Islas de Farnea	Islas Farne, Northumberland
Foirthe	Río Forth
Heahburh	Whitley Castle, Cumbria
Hedene	Río Eden
Hlymrekr	Limerick, Irlanda
Jorvik	Nombre de York en nórdico antiguo
Lauther	Río Lowther
Legeceasterscir	Cheshire
Lindcolne	Lincoln, Lincolnshire
Lindisfarena	Isla de Lindisfarne, Northumbria
Lundene	Londres
Mærse	Río Mersey
Mameceaster	Manchester
Mōn	Isla de Man
Orkneyjar	Islas Orcadas
Rammesburi	Ramsbury, Wiltshire
Ribbel	Río Ribble
Scipton	Skipton, Yorkshire
Snæland	Islandia
Snotengaham	Nottingham, Nottinghamshire
Sumorsæte	Somerset
Strath Clota	Strathclyde, reino del suroeste de Escocia
Suðreyjar	Islas Hébridias

Temes

Tesa

Tinan

Tuede

Wiltunscir

Wir

Wirhealum

Río Támesis

Río Tees

Río Tyne

Río Tweed

Wiltshire

Río Wyre

The Wirral, Cheshire





# **EL SEÑOR DE LA GUERRA**

**Sajones, vikingos y normandos XIII**

# PRIMERA PARTE

El juramento roto

## Capítulo I

La cota de malla lo sofoca a uno en verano, aunque se cubra con una camisola de lino pálida. El tejido metálico pesa lo suyo, y el calor se vuelve implacable. Bajo la tela de hierro hay un forro de cuero, y eso también agobia mucho... Y, por si fuera poco, esa mañana el sol parecía un hierro al rojo. Mi caballo, atormentado por los tábanos, estaba nervioso e irritable. No corría el más mínimo soplo de viento entre las colinas, aplastadas bajo los ardientes rayos del mediodía. Mi criado, Aldwyn, se encargaba de llevarme la lanza y el escudo de cinchos de acero pintado con la cabeza de lobo de Bebbanburg. Yo sólo llevaba mi fiel espada, *Hálito de Serpiente*, ceñida a la cadera izquierda, pero tenía que andarme con cuidado, porque la guarda estaba tan caliente que resultaba casi imposible tocarla. Con su cimera adornada con la testa lobuna de plata, el casco se bamboleaba pesadamente en el pomo de la silla de montar; el interior, que me cubría por entero la cabeza, también iba acolchado con cuero, y sus dos carrilleras, anudadas por encima de la boca, impedían que el enemigo viera otra cosa que mis ojos, asomados a un marco de acero reforzado. El yelmo ocultaba el sudor y las cicatrices de toda una vida dedicada a la guerra.

Pero sí les regalaría la vista otras cosas: la cabeza de lobo, la torques de oro en el cuello y los gruesos brazaletes ganados en combate. Sabrían a quién tenían enfrente, y los más valientes, o los más estúpidos, desearían acabar conmigo para cubrirse de fama y obtener el lustre que mi muerte habría de aportarles. Precisamente por eso había ascendido a aquella loma en compañía de ochenta y tres hombres, para que todo el que quisiera liquidarme tuviera ocasión de lucirse ante mis guerreros. Éramos soldados de Bebbanburg, la salvaje manada de lobos de las tierras del norte.

¡Ah, y un cura! Montado en uno de mis garañones, el clérigo no iba armado ni vestía cota de malla. Con la mitad de mis años, sin embargo, a sus sienes habían ascendido ya varias pinceladas grises. En su rostro alargado y perfectamente rasurado brillaban, perspicaces, dos ojillos astutos. Vestía una negra túnica talar, alegrada por el destello de la cruz de oro que llevaba al cuello.

–¿No tienes calor con ese manto? –gruñí, reteniendo el ánimo irascible que notaba crecer en mi interior.

–Hombre, un poco incómodo sí que estoy... –repuso el aludido.

Hablábamos en danés, su lengua materna, que yo conocía desde la infancia.

–¿Por qué demonios me veo siempre luchando en el bando equivocado? –exclamé.

El sacerdote sonrió al escuchar mi queja.

–Ni siquiera vos podéis escapar del destino, lord Uhtred –respondió ceremoniosamente–. De grado o por fuerza, habréis de cumplir la obra de Dios.

Me mordí la lengua para no responderle airadamente y opté por clavar la mirada en el amplio valle pelado, cuyas pálidas peñas heridas por el sol ceñían la relumbrante cinta de plata de un arroyo. Un puñado de ovejas pastaba en la vertiente oriental de la cañada. El pastor, que nos había visto, trataba de llevarse lejos al rebaño, hacia el sur, a cualquier sitio que no fuéramos a arrasar. Sin embargo, el bochorno había dejado aturridos, exhaustos y sedientos a sus dos mastines, así que todo lo que conseguían era sembrar el pánico entre los corderos en lugar de conducirlos a lugar seguro. El rehalero nada tenía que temer de nosotros, pero no lo sabía... Y no lo culpo, porque lo que había visto en la cima del monte era a un cerrado grupo de jinetes con centelleantes armas, lo que sin duda ha de inquietar al más intrépido. Por lo más hondo del valle, avanzaba, recta como el asta de una sarisa caída a un costado del riachuelo, la antigua calzada romana, convertida ahora en poco más que una pista de tierra batida bordeada por losas semienterradas y cubiertas de maleza. Algo más allá, el camino torcía a poniente, justo al pie del alcor sobre el que nos habíamos apostado.

Con las alas oblicuamente desplegadas en la tórrida atmósfera, un halcón comenzó a describir círculos en la vertical de la curva de la vía imperial. Al sur palpitaba el aire de la lejana línea del horizonte.

De esa vibración irreal surgió de pronto uno de mis exploradores, a galope tendido, lo que sólo podía significar una cosa: que se aproximaba el enemigo.

Hice retroceder a mis hombres y al cura hasta situar nuestra silueta por detrás de la línea del horizonte. Cogí el pomo de *Hálito de Serpiente*, saqué un palmo de acero de la vaina y dejé que regresara mansamente a su posición de descanso. Aldwyn me alargó la adarga, pero negué con la cabeza.

–Aguarda hasta que podamos verlos –le dije.

Le entregué el yelmo para que lo sujetara, desmonté y recorrí junto a Finan y mi hijo los escasos metros que nos separaban de la cresta montañosa en la que habíamos estado observando lo que ocurría al sur.

–Algo va mal –reflexioné en voz alta.

–Es el destino –respondió Finan–, y todos sabemos lo perra que es la fatalidad...

Nos echamos sobre la alta hierba para contemplar la columna de polvo que levantaba en la calzada el semental de nuestro rastreador.

–Debería estar cabalgando por un costado del camino, por las losas... –observó mi amigo–. Ahí no dejaría ese rastro.

El batidor, quien, por su porte y movimientos, era sin duda Oswi, torció bruscamente el sentido e inició la larga ascensión hasta la cima del altozano.

–¿Estás seguro de lo del dragón? –pregunté.

–¿Quién no echaría de ver a una bestia tan inmensa? –respondió Finan–. El endriago venía del norte, de eso no cabe la menor duda.

–Y la estrella describió un arco de norte a sur –terció mi hijo, metiéndose la mano en el pecho para acariciar la cruz que llevaba al cuello, como buen cristiano.

El amarillento penacho que habían levantado los cascos del caballo se fue difuminando. El enemigo se acercaba, desde luego, pero había un problema: no estaba seguro de quién era nuestro adversario. Todo

cuanto sabía de firme era que ese día iba a tener que combatir a un rey que llegaba de tierras meridionales. Y me acababa de asaltar la sensación de que todo se había torcido –literalmente–, porque el lucero y la quimera habían dicho que el mal provenía del norte.

Buscábamos augurios que nos orientaran. Hasta los cristianos escudriñan el mundo tratando de captar alguno de esos signos. Estudiamos el vuelo de las aves, el ruido de una rama que se desploma nos sobresalta y llena de temor, examinamos los caprichosos dibujos que el viento pinta sobre la superficie de las aguas, inspiramos con fuerza al escuchar el tauteo de la hembra del zorro y acariciamos nuestros amuletos cuando se parte la cuerda de una cítara. Sin embargo, siempre es difícil interpretar los agüeros, a menos que los dioses decidan enviarnos un mensaje claro... Y tres noches antes, en Bebbanburg, el aviso de los habitantes del cielo no podría haber sido más diáfano.

El mal habría de venir del norte.

\* \* \*

El dragón había sobrevolado el cielo nocturno de Bebbanburg. No lo había visto con mis propios ojos, pero Finan sí, y confió ciegamente en él. Me explicó que era enorme, cubierto de una piel escamosa como de plata martilleada, unos ojos como carbones incandescentes y una envergadura de alas capaz de ocultar los astros... Cada vez que batía los vientos para cobrar altura, el mar se estremecía, como sacudido por un golpe de galerna en día de calma chicha... Al verlo girar el pescuezo en dirección a Bebbanburg, Finan pensó que se disponía a escupir fuego y a arrasar hasta los cimientos la fortaleza entera, pero, de repente, la fiera había herido lentamente el aire con un nuevo impulso. Retemblaron las olas que rodaban en el abismo que se abría bajo su panza, y enfiló su almenada espina dorsal hacia el mediodía.

–Además, la noche pasada se desprendió una de las estrellas del firmamento... –intervino el padre Cuthbert–. Lo sé seguro, porque Mehrasa asistió a ello.

El padre Cuthbert, párroco de Bebbanburg, era ciego, así que veía gracias a Mehrasa, una exótica muchacha de piel oscura con la que se había casado tras rescatarla del repugnante cubil de un traficante de esclavos de Lundene, hacía ya muchos años. Si la llamo «muchacha» es por costumbre, pero evidentemente era ya una mujer de mediana edad. «Nos hacemos viejos», pensé.

–La estrella cayó del cielo boreal con rumbo al meridión –añadió el religioso.

–Y el dragón venía del norte –precisó Finan.

Preferí guardar silencio. Benedetta se reclinó en mi hombro. Tampoco ella articuló palabra, pero sentí que me oprimía suavemente la mano con una punzada de angustia.

–Señales y prodigios –sentenció el padre Cuthbert–. Algo espantoso está a punto de ocurrir... –añadió, al tiempo que se persignaba.

La mañana había dado paso a un apacible atardecer de estío. Nos hallábamos sentados en el exterior de la sala noble de Bebbanburg, absortos en el vuelo de las golondrinas que revoloteaban ágilmente de alero en alero, acunados por el incesante rumor de las largas olas que venían a romper, rendidas, en las playas abiertas al pie de los parapetos de levante. «El oleaje marca el ritmo de nuestra existencia», pensé, «como un infinito latido que pulsa y cesa, que pulsa y cesa». Yo había venido al mundo al son de esa cadencia, y no tardaría ya en abrazar la muerte. Acaricié el martillo que llevaba como amuleto al cuello y rogué a los dioses que me permitieran expirar al compás de las olas de Bebbanburg, saludado por el griterío de sus gaviotas.

–Algo espantoso y cruel –reiteró el sacerdote–, y llegará del norte.

¿Acaso el dragón y la estrella fugaz eran presagios que anunciaban mi inminente muerte? Volví a acariciar el martillo. Todavía puedo montar a caballo, sostener el escudo y blandir la espada, pero con el fenecer del día el dolor que aúlla en mis articulaciones me recuerda que soy ya un anciano.

–Lo peor de la muerte –reflexioné en voz alta para romper el espeso silencio– es no saber qué oculta al otro lado...

Si pretendía animar la conversación, fracasé, porque desde luego nadie dijo esta boca es mía en un buen rato. De pronto, noté que Benedetta volvía a estrujarme la mano.

–Estás chiflado, ¿lo sabías? –me reprendió con cariño.

–Lo ha estado siempre –la animó Finan.

–¿Quieres decir que vosotros, los paganos, podéis ver lo que sucede desde vuestro alto Valhalla? –terció el padre Cuthbert.

Aunque fuera un clérigo cristiano y tuviera supuestamente vedado creer en la morada de Odín, hacía mucho tiempo que había aprendido a tolerarme. Esbozó una sonrisa.

–¿O tal vez estáis pensando en uniros a la Iglesia de Roma, señor? –añadió maliciosamente–. ¡Os aseguro que desde el cielo del Todopoderoso se ve magníficamente bien la Tierra!

–Hace años que venís haciendo grandes esfuerzos para convertirme a vuestra fe –respondí–, pero nunca os he oído decir que se sirva cerveza en el paraíso.

–¡Santo Dios! ¿He olvidado mencionarlo? –preguntó retóricamente, sin abandonar la sonrisa.

–Vino es lo que hay en el cielo –puntualizó Benedetta–, el buen vino de Italia.

Aquello volvió a cuajar el silencio. A ninguno nos gustaba demasiado el vino.

–Me han dicho que el rey Hywel ha partido hacia allí –comentó mi hijo tras la pausa–; aunque quizás haya entendido mal y en realidad sólo esté pensando en viajar hasta allí... No estoy seguro.

–¿Estás diciendo que va a visitar Roma? –quiso averiguar Finan.

–Eso dicen.

–Me encantaría ir a Roma –suspiró melancólicamente el padre Cuthbert.

–No hay nada que ver en Roma! –exclamó Benedetta con desdén–. ¡Ratas y ruinas! ¡Eso es todo!

–Y el santo padre –matizó amablemente nuestro cura.

Volvimos todos a callar.

Hywel me agradaba. Era soberano de Dyfed y, si juzgaba seguro salvar la distancia que lo separaba de Roma, por fuerza tenía que haberse sellado la paz entre sus galeses y los sajones de Mercia, ya que de otro modo habría gran agitación en la zona. Sin embargo, el dragón no procedía del sur ni del oeste; venía de las regiones boreales.

–¡Escoceses...! –vociferé de improviso.

–Están más que atareados manteniendo a raya a los pueblos nórdicos –intervino bruscamente Finan, que había captado a la perfección el curso de mis divagaciones.

–Y también con sus incursiones de saqueo en Cumbria –señaló amargamente mi hijo.

–Y no olvidéis que Constantino es ya anciano... –completó el padre Cuthbert.

–Todos hemos envejecido –me lamenté yo.

–Y Constantino tiene más afición a levantar monasterios que a librar batallas –continuó Cuthbert, sin dejarse arrastrar por mi insinuación.

Eso último me pareció muy dudoso. Como rey de Escocia, Constantino era conocido por su determinación, y desde luego me gustaba charlar con él. Podía conceder que se trataba de un hombre sabio y elegante, pero no confiaba en él. A todos los habitantes de Northumbria les escamaban los escoceses tanto como nosotros a ellos.

–Nunca acabarán... –asegué en voz baja.

–¿A qué te refieres? –se propuso averiguar Benedetta.

–A las guerras y a los conflictos, a las dificultades.

–Cuando todos seamos cristianos... –empezó a decir el padre Cuthbert.

–¡Ja! –lo interrumpí secamente.

–¡Pues el dragón y la estrella no mienten! –insistió él–. Los problemas caerán sobre nosotros desde el norte. ¡Así lo ha dicho el profeta en las Escrituras! *Quia malum ego adduco ab aquilone et contritionem magnam.*

Se detuvo, esperando que alguno de nosotros le pidiera por favor la traducción.

–«Yo traeré una calamidad del norte» –intervino Benedetta, para consternación de clérigo, que vio esfumarse su oportunidad de lucimiento– «y gran destrucción».1

–¡Y gran destrucción! –exclamó en tono apocalíptico el padre–. ¡El mal vendrá del norte! ¡Palabra de Dios!

Y a la mañana se desató efectivamente el mal.

Aunque vino del sur.

\* \* \*

O, al menos, el barco llegó por el mediodía. Apenas soplaba una brizna de viento, y el mar permanecía quieto, calmoso, como si sólo le quedaran fuerzas para arrojar perezosamente suaves ondas moribundas sobre las vastas playas de Bebbanburg. Al aproximarse la nave y quebrar su proa coronada de una cruz el horizonte, vimos destellar, dorada por el primer sol de la mañana, la ancha hendidura blanca que el tajamar abría en las aguas de cera. Avanzaba al cadencioso ritmo de los remos, alzados y abatidos en una suave y cansina alternancia.

–Esos pobres desdichados deben de haber estado bogando toda la noche –empatizó Berg, al que había confiado el mando de la guardia apostada esa mañana en los parapetos y contrafuertes de Bebbanburg.

–Cuarenta remos –señalé, más por charlar de algo que para detallar una obviedad que saltaba a la vista.

–Y viene hacia aquí –me hizo observar él.

–Sí, pero ¿de dónde?

El comandante se encogió de hombros.

–¿Cuál es el plan del día? –se informó Berg, haciendo que fuese yo al que le tocase alzar ahora las clavículas.

Lo previsible era asistir a la rutina de siempre. Pondríamos calderos al fuego para hervir agua en la que lavar la ropa; las bateas alineadas en el flanco septentrional de la fortaleza nos proporcionarían sal por evaporación del agua de mar; los hombres se ejercitarían con los escudos, las espadas y las lanzas; los caballos se desentumecerían los

miembros, pondríamos pescado a ahumar, extraeríamos agua de los pozos y elaboraríamos cerveza en las cocinas del bastión...

–No tengo previsto nada en particular –contesté–, pero tú podrías ir con un par de hombres a recordarle a Olaf Einerson que tiene pendiente el arriendo. Y que ya lleva mucha renta atrasada...

–Su mujer está enferma, señor.

–Eso dijo también el pasado invierno.

–Y los escoceses le han robado la mitad del rebaño.

–Lo más probable es que haya vendido esas cabezas –solté agriamente–. Ningún otro aparcerero se ha quejado de incursiones escocesas esta primavera.

Olaf Einerson había heredado el arriendo de su padre, quien nunca había dejado de pagarme lo debido, fuera en lana o en plata. Olaf hijo era un hombretón fuerte y perfectamente capaz de desempeñar cualquier tarea, pero me estaba empezando a dar la impresión de que sus ambiciones lo hacían anhelar vuelos muy superiores al de cuidar de carneros montaraces en las tierras altas.

–Pensándolo mejor... –dije a Berg–, llévate a quince guerreros, y haz que ese maldito cabrón se cague en los calzones. No me fío de él.

Para entonces, la embarcación se había aproximado tanto que ya se divisaba claramente la silueta de tres hombres, sentados en el extremo de la plataforma de popa. Uno de ellos era un clérigo, o al menos vestía una larga túnica negra. De pronto, el desconocido se puso en pie y comenzó a agitar los brazos para enviar un saludo a los habitantes del fortín. No respondí a sus señales.

–Sean quienes sean –dije a Berg–, llévalos a la sala noble. Allí me encontrarán trasegando plácidamente un bocal de cerveza... ¡Ah! Y espera un poco; no salgas inmediatamente a inculcar un poquito de buen juicio al cabezota de Olaf...

–¿Por qué debo aguardar, señor?

–Es mejor enterarse primero de la empresa que traen éstos –expliqué sucintamente, señalando con la cabeza al barco que viraba ya para enfilear la estrecha bocana del puerto de Bebbanburg. El navío no parecía llevar cargamento alguno, o al menos yo no alcanzaba a divisar

nada, pero sus remeros parecían exhaustos, lo que me hacía pensar que debía traer noticias urgentes.

–Es un buque de Æthelstan –deduje.

–¿De Æthelstan? –se interrogó Berg.

–Bueno... Fíjate que no parece una embarcación de Northumbria –comenté.

Los barcos de Northumbria tienen muy poca manga a proa, al revés que los de las regiones del sur, cuyos carpinteros de ribera prefieren darles más anchura. Además, el recién llegado exhibía una cruz, y muy pocos barcos de Northumbria la llevaban.

–Y, además, ¿quién recurre a los sacerdotes para transmitir mensajes?

–El rey Æthelstan, tienes razón.

Observé las maniobras de la nave en la entrada del canal y después, acompañado de Berg, abandoné los parapetos de la fortaleza.

–Cuida de esos remeros. Envíales cerveza y víveres. Y tráete a ese puñetero cura al salón.

Subí al vestíbulo, donde un par de criados declaraban la guerra a las telarañas armados con largas varas de sauce con el extremo provisto de un manojo de plumas. Benedetta supervisaba la operación para cerciorarse de que se expulsaba hasta al último bichejo de la fortaleza.

–Tenemos visita –le dije–, así que ya puedes declarar la tregua a las patilargas. Ya habrá tiempo para batallar más tarde con ellas.

–No tengo que parar ningún combate, porque esto no es ninguna de tus campañas –respondió ella–. Me gustan las arañas, pero no dentro de casa... ¿Y quién dices que viene a visitarnos?

–No lo sé seguro, pero creo que son enviados de Æthelstan.

–¡Entonces debemos recibirlos como se merecen!

Benedetta batió palmas y ordenó a la servidumbre que trajera unos bancos.

–Acercad también el trono que está en la plataforma –añadió.

–No se trata de un trono. Sólo es una especie de escabel fantasioso –discrepé.

–¡Uf! –bufó ella sonoramente.

Era algo que siempre se oía a Benedetta cuando se exasperaba. Su agobio me arrancó una sonrisa, pero lo único que conseguí fue aumentar todavía más su irritación.

–¡Es un trono! –aseguró para remachar la idea–. ¡Y tú eres rey de Bebbanburg!

–Señor de Bebbanburg... –la corregí.

–Eres tan soberano como el chalado de Guthfrith –insistió, dibujando en el aire el signo con el que se conjuran todos los males–; o como Owain, o cualquiera de esos desatinados...

Aquella era una discusión recurrente, así que preferí dejarlo pasar.

–Pide a las chicas que traigan cerveza –dije– y algo de comer. Y que no esté rancio, a ser posible.

–Pues tú harías bien en ponerte la túnica negra... Voy por ella.

Benedetta era una hermosa italiana. Unos traficantes de esclavos la habían arrancado de su hogar siendo una niña y, tras una larga serie de compraventas por las que había tenido que recorrer buena parte de la cristiandad, había terminado en Wessex. Yo la había liberado y convertido en la señora de Bebbanburg, aunque no en mi esposa.

–Mi abuela –me había comentado ella en más de una ocasión, santiguándose siempre al empezar su relato– me aconsejó que no se me ocurriera casarme. ¡Si lo hacía, quedaría maldita! Y ya he tenido bastantes maldiciones en mi vida. ¡Ahora soy feliz! –aseguraba–. ¿Para qué arriesgarme a sufrir la maldición de la que hablaba mi abuela? ¡Mi abuela no se equivocaba nunca!

Aunque un tanto malhumorado, dejé que me colocara la cara prenda encima de los hombros. A lo que sí me negué fue a llevar la torques de bronce bañado en oro que me había legado mi padre. Hechos los preparativos, con Benedetta a mi lado, aguardé la llegada del emisario.

Reconocí al instante que la figura que había oscurecido por un instante la brillante luz del sol en la polvorienta penumbra del gran vestíbulo de Bebbanburg era la de un viejo amigo. Tenía ante mí al padre Oda, elevado ahora a la dignidad de obispo de Rammesburi. Se acercó a mí con su inconfundible porte de hombre alto y elegante, envuelto en una larga vestidura talar de color negro y ribetes de tela

carmesí. Los dos soldados de Sajonia Occidental que lo acompañaban entregaron cortésmente las armas a mi senescal antes de seguirlo.

–¡Cualquiera que os viera –exclamó jovialmente el obispo acercarse– creería hallarse ante un rey!

–Y así es –remachó Benedetta.

–¡Y hasta el más pintado pensaría –respondí yo– que vos sois un obispo!

Oda sonrió.

–Pues lo soy, mi querido lord Uhtred, por la gracia de Dios...

–Por la gracia de Æthelstan –lo contradije, antes de incorporarme y recibirlo con un fuerte abrazo–. ¿Debo felicitaros?

–Si gustáis... Creo que soy el primer danés al que se ordena obispo en Engaland.

–¿Así llamáis ahora a estas tierras?

–Bueno, al menos me resulta más fácil que decir que soy el primer obispo danés de Wessex, Mercia y Anglia Oriental... –desgranó, inclinándose para hacer una reverencia a Benedetta–. Me alegra veros de nuevo, *señora*.

–Lo mismo digo, mi señor obispo –replicó ceremoniosamente la bella italiana, subrayando la frase con una genuflexión.

–¡Acabáramos! –exclamé alegremente–. ¡Esto desmiente todos los rumores! ¡La cortesía no ha desertado de Bebbanburg!

Oda me dedicó una ancha sonrisa, divertido por las chanzas, y yo le devolví la mirada con expresión no menos risueña. ¡Oda al frente del obispado de Rammesburi! ¡Quién lo hubiera dicho! Lo único sorprendente de su nombramiento era precisamente que el designado hubiera sido un danés, e hijo, para más señas, de los inmigrantes paganos que habían invadido Anglia Oriental al servicio de Ubba, muerto por mi mano. ¡Y ahora ese extranjero nacido en el seno de una familia descreída administraba la sede episcopal de la Engaland sajona! No estoy diciendo que no lo mereciera. Oda era un hombre de clara y sutil inteligencia, y honesto a carta cabal tantas horas como tiene el día.

Se produjo una pausa. Finan, que lo había visto llegar, se acercó a saludarlo. Oda había sido de la partida cuando nos vimos obligados a

defender la Crepelgate de Lundene, el combate que había terminado con Æthelstan en el trono. Por alejado que me encuentre yo de los cristianos, y por escasa que sea la estima que me inspira su religión, resulta sumamente difícil no apreciar a un hombre que ha luchado hombro con hombro contigo y compartido la frenética desesperación de un combate a vida o muerte.

–¡Ah, el vino! –exclamó con júbilo Oda al tiempo que saludaba al criado que lo traía. Al momento, se volvió hacia Benedetta y añadió amablemente–: bendecido sin duda por la caricia del sol de Italia, ¿no es cierto?

–Es más probable que lo haya meado una tropa de campesinos francos... –protesté yo.

–Sus encantos no van a menos, ¿verdad *señora*? –señaló jocosamente Oda mientras tomaba asiento.

De pronto se fijó en mí y sopesó con la mano la gran cruz de oro que pendía sobre su pecho.

–Soy portador de noticias, lord Uhtred. –Su voz adquirió súbitamente un tono serio y receloso.

–Eso suponía.

–Y son nuevas que no van a gustaros... –Oda seguía con las pupilas clavadas en mí.

–Y no van a gustarme... –salmodié, remedando el eco y aguardando la continuación.

–El rey Æthelstan –comenzó a decir con alarmante sosiego y sin dejar de escrutarme un solo instante– está en Northumbria. Hace tres días que sentó sus reales en Eoferwic.

Se detuvo, como si esperara verme estallar en protestas, pero decidió continuar al comprobar que yo permanecía en silencio.

–Y el rey Guthfrith –precisó el obispo– ha entendido mal nuestra llegada y se ha dado a la fuga.

–Ha malentendido el gesto... –reflexioné en voz alta.

–Ni más ni menos.

–¿Y decís que ha huido de vos y de Æthelstan? ¿Únicamente de los dos?

–¡Pues claro que no, hombre! –exclamó Oda, con esa pasmosa capacidad de impacientarse calmamente propia de los clérigos–. Nos escoltan más de dos mil hombres.

Bastantes batallas había tenido ya... Lo único que quería era quedarme en Bebbanburg, escuchar el largo rodar de las olas en la playa y los suspiros del viento prendido en los gabletes del zaguán. Sabía que no me quedaban muchos años de vida, pero al fin los dioses se habían mostrado clementes. Mi hijo era ya un hombre y heredaría una vasta extensión de tierras. Yo mismo me encontraba todavía lo suficientemente en forma como para montar a caballo e ir de caza. Y además tenía a Benedetta junto a mí. Cierto es que tenía el endiablado temperamento de una comadreja en celo, pero era cariñosa y leal; sin contar con que irradiaba una luminosidad que hacía resplandecer los cienos cielos de Bebbanburg. La amaba.

–Dos mil hombres, ¿eh? –dije fríamente–. ¿Y aun así me necesita?

–En efecto, señor. Digamos que solicita vuestra ayuda...

–¿No consigue sujetar por sí mismo las riendas de esta invasión? –El tono de mi voz empezaba a revelar una irritación creciente.

–No se trata de ninguna invasión, señor –respondió Oda con su calma chicha–, sino de una simple visita real. Un gesto de cortesía entre monarcas.

Podía darle el nombre que le diera la gana, pero eso no iba a cambiar las circunstancias. Y decididamente yo había perdido la paciencia.

\* \* \*

Me sentía furioso, porque Æthelstan había jurado en una ocasión no invadir jamás Northumbria mientras yo siguiera con vida. Y sin embargo ahora se plantaba en Eoferwic con un ejército, obligándome a apostarme con ochenta hombres a esperar tras la cresta de la colina que se alza al sur de Bebbanburg, a poca distancia de la fortaleza, dispuesto a obedecer sus órdenes. Me habían entrado ganas de rechazar la encomienda de Oda. De hecho, a punto había estado de decirle con malos modos que se metiera en su maldito barco, regresara a Eoferwic

por donde hubiera venido y le escupiera en la cara a Æthelstan. Me sentía traicionado. Æthelstan me debía el trono y, sin embargo, desde aquel lejano día en que había combatido en la puerta de Crepelgate, me había ignorado por completo. Pero no era eso lo que me exasperaba. Soy un viejo habitante de Northumbria, vivo lejos de sus tierras, y todo cuanto deseo es que me dejen en paz. Pese a todo, sabía en lo más hondo de mi ser que nada en todo aquello podía ser pacífico. En la fecha en la que vine al mundo, la Britania sajona estaba dividida en cuatro naciones: Wessex, Mercia, Anglia Oriental y mi propia patria, Northumbria. El rey Alfredo, abuelo de Æthelstan, había concebido el sueño de unir esos cuatro reinos en uno solo, al que proyectaba llamar Englaland, y ahora esa visión estaba realmente empezando a cobrar forma. El rey Æthelstan gobernaba en Wessex, Mercia y el Anglia Oriental; sólo quedaba Northumbria, aunque Æthelstan me había jurado que no se apoderaría de ese territorio mientras me quedara un soplo de vida... Pero hete aquí que lo tenía de pronto a mis puertas, y no sólo con un ejército, sino con el atrevimiento de solicitar incluso mi ayuda en la tarea. Era consciente de que no era la primera vez que me pedía auxilio. En lo más recóndito de mi alma, yo mismo estaba convencido de que Northumbria estaba condenada; sabía que en un futuro Æthelstan o Constantino acabarían apoderándose de ella, ya fuera por conquista o por anexión, y que debía lealtad a todos cuantos hablaran mi mismo idioma, esa lengua sajona a la que damos el nombre de Ænglisc. Por eso había reunido a ochenta hombres de Bebbanburg para tender una emboscada al rey Guthfrith de Northumbria, que había salido huyendo al tener noticia de la incursión hostil de Æthelstan. El sol lucía con fuerza en el cénit de su carrera, y la atmósfera estaba en calma...

A lomos de su montura, cubierta de una blanca capa de sudor espumoso, Oswi nos informó de que Guthfrith se aproximaba.

–¡Pronto, señor! –avisó.

–¿Cuántos son?

–Unos mil cuatrocientos. Y también llevan unos cuantos prisioneros.

–¿Prisioneros? –saltó extrañado Oda, que había insistido en acompañarnos–. Sólo esperábamos que hubiera un cautivo.

–Pues han capturado a unas cuantas mujeres, señor –siguió enumerando Oswi–. Las pastorean como a un rebaño.

–¿Van a pie esas desdichadas? –pregunté.

–Y algunos de los hombres también, señor. Muchos de los caballos cojean visiblemente... ¡Han venido al galope tendido!

Oswi cogió el odre que le tendía Roric, se enjuagó la boca con la cerveza, la escupió en la hierba y tomó un largo trago.

–Da la impresión de que se han pasado la noche avanzando a marchas forzadas.

–Y para haber cubierto tanta distancia en tan poco tiempo es muy posible que sea así –lo interrumpí.

–Desde luego, ahora mismo están extenuados –comentó Oswi con sorna.

El obispo Oda también me había explicado los últimos acontecimientos en Eoferwic, y su barco había realizado el viaje en dos días, pese a tener que capear fuertes ráfagas de viento. En cambio, las tropas que se aproximaban por el largo tramo recto de la calzada habían huido de la ciudad a caballo. Según mis cálculos, se tardaba una semana en cubrir con un buen animal la distancia que separaba Eoferwic de Bebbanburg, aunque debía admitir que ése era el ritmo que yo mismo me permitía, ya que incluía largas noches de juerga en las moradas de mis buenos amigos. En una ocasión había logrado recorrer ese mismo trayecto en cuatro días, aunque nunca con el bochorno de estos primeros avisos del verano. Las huestes habían salido huyendo de Eoferwic a toda prisa, para emprender después una cabalgata no menos veloz, pero los remeros del obispo Oda los habían rebasado sin dificultad, y por eso sus extenuadas monturas los conducían ahora tan mansamente hacia la emboscada que les habíamos tendido.

–No es ninguna emboscada –había protestado insistentemente Oda cada vez que me había escuchado pronunciar esa palabra–. Si estamos aquí es únicamente para convencer a Guthfrith de que le conviene

regresar a Eoferwic. Y, por cierto, el rey Æthelstan también requiere tu presencia en la ciudad.

–¿Mi presencia? –exclamé bruscamente.

–En efecto. Es más, os pide asimismo que obtengáis la liberación del cautivo de Guthfrith.

–Querrás decir «cautivos» –lo corregí.

–Bueno, sí..., da igual –repuso Oda, displicente–. Lo más importante es que Guthfrith regrese a Eoferwic. Todo lo que necesita es que alguien lo tranquilice y lo persuada de que el rey Æthelstan ha venido en son de paz.

–¿Con más de dos mil soldados? ¿Todos revestidos de su correspondiente cota de malla y armados hasta los dientes?

–Al rey Æthelstan le gusta viajar con pompa y circunstancia –contestó con altiva grandilocuencia Oda.

Æthelstan podía empeñarse cuanto quisiera en afirmar que su visita a Eoferwic respondía a designios amistosos, pero ya se habían dado varios enfrentamientos en la ciudad, porque lo cierto es que se había tratado de una conquista en toda regla a partir de una invasión relámpago. Y por más que me resistiera yo a conceder mérito alguno a Æthelstan, no podía evitar un sentimiento de admiración por lo que acababa de conseguir el monarca. Oda me había explicado que el rey había cruzado la frontera de Mercia al frente de un ejército de más de dos mil hombres, a los que había guiado después a marchas forzadas hacia el norte, dejando en la estacada a todo hombre o caballo que vacilara o diera signos de debilidad. Galopando sin tregua, la caballería se había plantado en Eoferwic sin dar apenas tiempo a que su presencia en Northumbria fuese otra cosa que un rumor sin confirmar. Los soldados de Sajonia Occidental que se habían infiltrado en la localidad fingiéndose mercaderes habían abierto la puerta sur de Eoferwic, permitiendo así la irrupción del ejército de Æthelstan, que en pocos minutos había inundado las calles.

–Se ha producido algún que otro encontronazo en el puente –me había comentado Oda–, pero gracias a Dios los paganos han sido derrotados y los supervivientes han puesto pies en polvorosa.

Esos supervivientes eran justamente los que ahora capitaneaba Guthfrith, y por eso Æthelstan había enviado al obispo Oda a mi presencia, con la específica encomienda de lograr que yo bloqueara los caminos del norte, impidiendo con ello que Guthfrith escapara a Escocia. Y ésa era asimismo la razón de que yo me hallara aguardando en la falda de aquella colina, bajo un sol ardiente. Finan, mi hijo y yo nos habíamos tumbado boca abajo en la cima del otero, mirando al sur, pero el obispo Oda había preferido permanecer en cuclillas a nuestra espalda.

–¿Y por qué habría de huir Guthfrith a Escocia? –pregunté con acritud al prelado.

Oda contuvo un suspiro, tratando de no mostrar demasiado a las claras la consternación que le producían mis escasas luces.

–Porque eso ofrece a Constantino un motivo para invadir Northumbria. Le bastaría fingir que se está limitando a reinstaurar en el trono a su legítimo soberano.

–Pero Constantino es cristiano –objeté–. ¿Por qué habría de luchar en defensa de un rey pagano?

Oda volvió a reprimir malamente un suspiro, obligándose a tender la vista en los lejanos confines en que el calor difuminaba la calzada.

–El rey Constantino –explicó– sacrificaría a sus dos hijas en los altares de Baal si con ello alcanzara a expandir su reino.

–¿Quién demonios es Baal? –preguntó Finan.

–Una divinidad pagana –replicó desdeñosamente Oda–. ¿Y cuánto tiempo creéis que se avendrá Constantino a tolerar a Guthfrith? –añadió, volviendo al meollo del asunto–. Le devolverá la corona, lo casará con una de sus hijas y poco después directamente hará que lo estrangulen... Y ya tenéis a los escoceses como amos y señores de Northumbria. En definitiva, que no, que Guthfrith no debe llegar a Escocia bajo ningún concepto.

–¡Mirad! –se sobresaltó de repente Finan, al tiempo que señalaba a un lejano grupo de jinetes que acababa de hacer su aparición en el sendero de la cañada. Apenas se distinguían los caballos, salvo por una masa borrosa de crines y soldados difuminados por la calima estival.

–Están agotados –observó Finan.

–A Guthfrith lo queremos vivo –me advirtió Oda–. Y es importante que regrese a Eoferwic.

–Eso ya me lo has dicho –rezongué–, y todavía no sé a qué viene tanta cabezonería.

–A que así lo exige el rey Æthelstan, sencillamente.

–Guthfrith no es más que un montón de mierda inútil –aseguré–. Sería mucho mejor acabar con él.

–El rey Æthelstan desea que conserve la vida. Te ruego que atiendas su petición.

–¿Y te parece que debo obedecerlo? Æthelstan no es mi señor.

Oda me miró con severidad.

–No olvides que es *Monarchus Totius Britanniae*...

Yo me limité a mirarlo impertérrito, hasta que se vio obligado a brindarme una traducción.

–Es soberano de toda Britania –aclaró.

–¿Así es como se hace llamar ahora? –pregunté, intrigado.

–Tal es su título, en efecto –respondió el obispo.

No pude por menos que recibir la noticia con un resoplido de desdén. Æthelstan llevaba arrogándose el pomposo nombre de soberano de los sajones y los anglos desde el mismo día de su coronación, y es verdad que podía reivindicar tal cosa legítimamente, pero esto era distinto. ¿Gobernante de toda Britania? ¡Vamos, hombre!

–Supongo que los reyes Hywel y Constantino discrepan un poquitín, ¿no? –sugerí con acritud.

–Desde luego –contestó Oda con su infinita paciencia–, pero, en cualquier caso, el rey Æthelstan desea que impidas que Guthfrith alcance tierras escocesas y que liberes a su prisionero sin hacerle el menor daño.

–A sus prisioneros, querrás decir.

–No. A su cautivo. Nada más.

–¿No te importa la suerte que puedan correr las mujeres? –pregunté.

–Rezo por ellas, como puedes comprender. Pero también entenderás que dedique mis más fervientes oraciones a la paz.